

ENCUENTRO DE CATEQUISTAS

Parroquia de El Buen Pastor (Ponferrada)

2017

Me alegra poder compartir con vosotros, los catequistas de la diócesis, este día de convivencia y de encuentro en el contexto de las Fiestas de Pascua. Celebramos hoy la fiesta de Santa Catalina de Siena, copatrona de Europa. Dice de ella el martirologio romano “que, habiendo ingresado en las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, deseosa de conocer a Dios en sí misma y a sí misma en Dios, se esforzó en asemejarse a Cristo crucificado. Trabajó también enérgica e incansablemente por la paz, por el retorno del Romano Pontífice a la Urbe y por la unidad de la Iglesia, y dejó espléndidos documentos llenos de doctrina espiritual”.

La fiesta de Santa Catalina nos ayuda a comprender el papel de la mujer como testigo y transmisora de la fe tanto en el ámbito familiar como en el ámbito de la catequesis. Ciertamente, la transmisión de la fe y de la vida cristiana no es una tarea exclusiva de la mujer; pero casi todos, si recordamos nuestros inicios en la fe tenemos en nuestra mente a una mujer: nuestra madre, nuestra madrina, una tía, una vecina, la abuela, la catequista etc.

La mujer cristiana, siguiendo la misión que el Señor encomendó a María Magdalena, está siempre dispuesta a anunciar y llevar a la fe a los demás con su palabra y con su testimonio de vida cristiana. Las catequistas así lo venís haciendo desde hace muchos siglos. Hoy, os invito a todas las catequistas y también a los catequistas a que valoréis la misión que la Iglesia os encarga y de la cual debéis sentirnos orgullosos.

Fijaros lo que dice el martirologio de Santa Catalina de Siena: “deseosa de conocer a Dios en sí misma y a sí misma en Dios”. No es un juego de palabras simplemente sino una actitud vital del auténtico cristiano. Se trata de un don que Dios nos regala como acabamos de escuchar en el evangelio: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”. Por eso debemos pedir siempre al Señor que infunda en nosotros el deseo de conocerle más para amarle más y en Él y por Él amar al prójimo como Él quiere que lo amemos.

¿Qué quiere decir “conocer a Dios en sí misma y a sí misma en Dios”? Significa, en primer lugar, descubrir la presencia de Cristo resucitado en nuestra vida, estar atentos a las huellas de que nos deja el resucitado y que nos indican el camino que hemos de seguir para encontrarlo. Recordad los versos de San Juan de la Cruz:

*Mil gracias derramando
pasó por estos Sotos con presura,
e, yéndolos mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.*

San Agustín se lamentaba de lo tardó en descubrir la presencia de Jesús en lo más íntimo de su ser y la alegría que supuso para él que el Señor

“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé!Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo.

La revelación del Misterio de Dios, el descubrimiento de su presencia en nuestra alma no está reservado a una élite de personas puras, es para todos, especialmente para los pobres. Nos lo acaba de decir Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla”. El mismo Señor nos indica la actitud que el hombre ha de tener para acceder al Misterio de Dios: el deseo de búsqueda, la sencillez, la humildad. Ejemplo de esta búsqueda que se manifiesta en preguntas y de la sencillez y humildad son los niños: “Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los cielos”.

La catequesis tiene que ayudar a los niños y adolescentes a descubrir dentro de sí mismo la presencia de Dios uno y trino que ya mora en ellos por el bautismo que han recibido. Antes que nosotros les hablemos de Dios, ellos ya tienen a Dios y Dios los tiene a ellos. Nuestra tarea como evangelizadores y catequistas es correr la cortina de la ignorancia para que entre la luz de la fe y se produzca el encuentro con el Señor resucitado. Una hermosa tarea, la misma de María Magdalena en la mañana de Resurrección. Pero no es una tarea fácil porque hoy existen muchos prejuicios que ponen en tela de juicio nuestras palabras y nuestro testimonio de fe. También María Magdalena experimentó que los apóstoles estas mismas dificultades porque no creyeron del todo su testimonio hasta que no comprobaron que el sepulcro estaba vacío y Jesús se les aparecía mostrándoles las señales de su pasión.

La catequesis tiene que desarrollar otro aspecto que podemos deducir de las palabras de Santa Catalina. Se trata de descubrir nuestra propia realidad en la misma realidad de Dios. La catequesis tiene que ayudar a los niños a mirarse en Dios como en un espejo. Al mirarnos en el espejo descubrimos nuestros defectos y nuestras virtudes. Así sucede al mirarnos en Dios. Por eso es muy importante que ayudemos a los niños a examinar la conciencia como santuario de la presencia de Dios y a reconocer no sólo lo que nos falta para llegar a la perfección sino todas las cosas que el Señor nos ha regalado en la vida y que nos conducen a una vida más perfecta.

¡Qué fácil resulta dar la catequesis a aquellos niños y jóvenes que han descubierto al Señor y sienten el deseo de conocer a Dios que es amor! Esto no es lo habitual. Si descubriéramos el método para interesar a los niños y jóvenes por Dios sería como descubrir la piedra filosofal de la evangelización. Pero me temo que esto no es posible porque Dios llama personalmente a cada persona y nosotros ignoramos cuándo y de qué forma la llama. De todos modos no nos desanimemos porque obtengamos resultados visibles de evangelización inmediatamente. Nosotros sembramos, otros riegan y sólo el Señor hace germinar.

A punto de comenzar el mes de mayo invoquemos la intercesión de la Virgen María por todos nuestros niños y jóvenes para que descubran a Dios que es Amor y está dentro de su propio ser, de su propia historia.

† Juan Antonio, obispo de Astorga